

DIDACHÉ

Anónimo

DOCTRINA DE LOS DOCE APÓSTOLES

(Escrita alrededor el año 70)

INTRODUCCIÓN

La Doctrina de los doce Apóstoles, corrientemente llamada por su nombre griego la Didaché, parece ser el escrito cristiano, no canónico, más antiguo que conocemos, anterior incluso a algunos libros del Nuevo Testamento. Librillo, por cierto, tan escaso de volumen como interesante por su contenido y atrayente por su arcaísmo único.

Desde tiempo antiguo se tenía noticia de su existencia y de la autoridad de que gozara en la primitiva Iglesia, tanto que algunos doctores del siglo III, entre ellos Clemente de Alejandría, lo citaron como escritura divinamente inspirada. Eusebio, sin embargo, pone la Didaché entre los libros decididamente nothoi o espurios, junto a los Hechos de Pablo, el llamado Pastor, y la que es conocida como Epístola de Bernabé.¹ Ciertamente el historiador de la Iglesia habla en plural de la Didachai, y no puede afirmarse que determinadamente se refiera a la que nosotros leemos. Conocía también, y altamente estimaba la Didaché, el gran Atanasio, que la recomienda en la Carta festiva del 367, como lectura edificante, comparable a algunos libros del Antiguo Testamento. Luego, y debido sin duda a su mismo arcaísmo que no se ajustaba ya con la posterior evolución jerárquica y litúrgica de la Iglesia, la Didaché desaparece casi totalmente, sin dejar apenas huella perceptible en la literatura eclesiástica.

Pero en 1875, el obispo griego Filoteo Bryennio, que fue luego obispo de Nicomedia, al mismo tiempo que publicaba las dos cartas de Clemente, según un manuscrito de Constantinopla, dio noticias de que este mismo manuscrito contenía también el texto completo de la Didaché. Años más tarde, en 1883, el mismo Bryennio publicaba en Constantinopla el editio princeps con este encabezamiento: “Doctrina de los Doce Apóstoles, del manuscrito jerosolimitico, publicada ahora por vez primera con prolegómenos y notas por Filoteo Bryennio, metropolitano

¹ Historia Eclesiástica III, 25, 4.

de Nicomedia”. El interés que despertó un texto cristiano tan arcaico fue enorme, y los estudios y controversias a que ha dado lugar se han sucedido sin interrupción. Tratemos de dar una ojeada general a su contenido y situarlo en tiempo y espacio.

Su título, que en la forma más completa es: “Doctrina del Señor a las Naciones por medio de los Apóstoles”, no quiere en modo alguno decir que el libro fuera escrito por todos o algunos de los doce apóstoles, sino sencillamente que el catequista se propone recoger las enseñanzas fundamentales, de carácter preferentemente moral, que, a través de los apóstoles, se remontan al Señor mismo. De hecho, la Didaché está impregnada, desde su primera a la última línea, de esencia y espíritu evangélico.

El librito, tal como lo poseemos, comprende tres partes claramente separadas: una instrucción catequética, que se nos dice expresamente (VI,I) ha de preceder al bautismo, de carácter esencialmente moral y práctico, expuesta bajo la alegoría de los dos caminos, el de la vida y el de la muerte (I-VI); un esbozo del ritual para los sacramentos del Bautismo y la Eucaristía (VII-IX) con un capítulo intercalado sobre el ayuno y la oración; finalmente, una ordenación de las relaciones de la comunidad con respecto a apóstoles y profetas, con avisos y cautelas para distinguir los verdaderos de los falsos (XI-XIII), manera de proveer a su sustento y unas breves indicaciones sobre la celebración del día del Señor, sobre elección de “inspectores y ministros”, es decir, de Obispos y Diáconos. Una exhortación a la vigilancia, con la descripción de los últimos tiempos, cierra el precioso catecismo.

Literariamente, si por literatura entendemos, al modo retórico, artificio en vez de arte, la Didaché no pertenece con rigor a la literatura, y así lo afirma algún crítico. Mas ahí radica justamente no pequeña parte de su interés. Porque encontrarse en un siglo sobresaturado de artificio retórico con unas páginas escritas en lengua griega, sin el más leve asomo de ficción literaria, es como dar de pronto, tras largo caminar por un desierto, con una fuente de agua limpia y la sombra de unos árboles. ¿Y no es acaso un arte sumo aquel en que la palabra no aspira a más que ser expresión pura y simple del pensamiento, o mejor, del alma entera? Sí lo es, pero con la condición de que haya un pensamiento y, sobre todo, un alma, capaz de transfundirse entera en la palabra. Y no hay duda de que cada palabra de la Didaché lleva algo del alma cristiana, profunda y grave, pero a la vez ferviente y elevada, del anónimo catequista que la redactara. En las oraciones eucarísticas no sólo hay un calor que fuera inútil buscar en ninguna pá-

gina de la literatura griega contemporánea, sino que corre por ellas ya un auténtico soplo de poesía, que viene de la nueva fe y del nuevo amor de las almas, que ya no interrumpirán jamás el himno al Amor de los Amores, a Dios-Eucaristía.

La alegoría de los dos caminos, que enmarca las instrucciones de la primera parte, está sólo esbozada, y bien se ve cuán lejos está el anónimo catequista de toda intención de lucimiento literario, como los hace Jenofonte, y antes que él lo hiciera, el sofista Pródico, que inventó el tema de Hércules en el cruce de caminos, y lo desarrolló seguramente muchas veces en alguna de aquellas epideixeis (literalmente “demostraciones” o alardes), públicas conferencias en que los sofistas hacían alarde de su omnisciencia y de su pericia o deinotes en el decir. No creo que el autor de la Didaché dependa de ninguna fuente literaria, y remontarse a Hesíodo, como lo hace un famoso historiador de la literatura griega² para explicar una semejanza que tenía a mano en el Antiguo y Nuevo Testamento, me parece efecto de la tendencia, tan ingénita en historiadores de la Literatura, de explicarlo todo por antecedentes e influencias.

La lengua de la Didaché es de sencillez y evidencia inmediata. Es, pudiéramos decir, lenguaje y estilo catequético, aquel en que primero se enseñó la doctrina cristiana y se pregonó la palabra divina; aquel, precisamente, de donde había de surgir la maravilla única de la divina jamás superada sencillez de los Evangelios, que fueron, antes que el libro escrito, antes que la Biblia, predicación y catequesis, instrucción hablada, “resonancia” de la palabra viva y de la persona divina de Jesús.³

El fondo de la Didaché, hemos indicado ya que es esencialmente moral y práctico: es más, fuera del largo extracto del Sermón de la montaña, que explica y amplifica el precepto del amor al prójimo, apenas si hay en la primera parte nada específicamente cristiano. Se ha emitido desde muy antiguo, la hipótesis de que pudiera tratarse de un manual de instrucción judaica, que el autor cristiano barnizó, ligeramente por cierto, de moral y espíritu evangélico, completándolo con la doctrina sobre los sacramentos y demás indicaciones sobre la vida y organización de la primitiva comunidad cristiana. La hipótesis no parece muy firme. Hay una perfecta unidad en toda la Didaché. Las instrucciones previas se ordenan al bautismo y por el bautismo se entra en

² *Griechische Literatur des Altertums*, por Wilamowitz, p. 26.

³ La palabra *katéchesis* era ya en el uso clásico, aunque no muy frecuente, expresión consagrada para la instrucción oral, lo mismo el verbo *katechó* es enseñar de viva voz. Lo emplea San Lucas en el prólogo-dedicatoria de su Evangelio.

la vida nueva en Cristo y en la Comunidad, cuyo centro y corazón es la Eucaristía. No sólo no está el autor influenciado de ideas o prejuicios judaicos, sino que se pone en franca lucha con los “hipócritas” y exige una separación total de su modo de proceder. Parece difícil que un manual judaico se abriera tan rotundamente con la proclamación del amor de Dios y del prójimo. Y, sobre todo, que por encima del amor, de la ley natural, a Dios y al prójimo, exista la ley de la perfección evangélica: “Si te dieran una bofetada en la mejilla derecha, vuelve también la otra.” La universalidad del amor, la mansedumbre, la humildad, el buen trato a esclavos y esclavas, la oración y el ayuno practicado no al modo de los “hipócritas”, sino conforme a la norma evangélica, y tantos y tantos rasgos más de estas moralidades previas al bautismo, son ya capullos de flores evangélicas, promesa cierta de frutos de espíritu cristiano, que han de madurar al calor de la fe y del amor de la Eucaristía, que ocupa el centro, materialmente, de la obrera, y era, sin género de duda, el centro vital de la vieja Iglesia, cuya imagen retrata la Didaché.

Es emocionante, en efecto, acercarse, como a reliquias vivas de la primitiva Iglesia, a esas sencillas, íntimas y profundas oraciones de “acción de gracias” o eucaristía, dichas sobre el cáliz y el fragmento de pan, por un profeta, cuando había alguno en la Comunidad, y, de modo permanente, por el “anciano” (la Didaché, sin embargo, no menciona al presbyteros), obispo o sacerdote que presidía la reunión, y repetidas por toda la comunidad. Era, en verdad, una “Comunión” en el cuerpo y sangre de Jesucristo, por la fe en la Eucaristía, de todos los bautizados: “Que nadie coma ni beba de vuestra acción de gracias, sino los bautizados en el nombre del Señor”. He aquí una página viva de la Didaché, cualesquiera que sean las dificultades que ofrezca el pormenor del texto. Todo converge en la Eucaristía. El autor no se cansa de recomendar la synaxis, la reunión de todos los creyentes para celebrarla. En su celebración estriba la santificación del día del Señor. En ella hallarán fuerza para mantenerse a la altura de su ideal de santidad, hasta el día de la venida del Señor.

Para nosotros es de una fuerza apologética, que supera toda dialéctica y toda ciencia, sentir nuestra fe en la Eucaristía como cristianos del siglo XX, enlazada sin solución de continuidad, con la fe de estos desconocidos hermanos nuestros del siglo I, que en Siria o Palestina pudieron aún haber oído a los apóstoles y verlos romper el pan, dando gracias con las palabras y gestos de Jesús en la última Cena, y haciendo realidad perenne el dulce precepto del Maestro: “Haced esto en memoria de Mí”. Si en nuestro catecismo de hoy o en nuestra clase de religión repetimos

un buen sábado por la tarde en nuestra exhortación a la comunión del domingo las palabras de la Didaché: “El día del Señor reuníos para romper el pan y celebrar la acción de gracias, después de haber confesado vuestros pecados, a fin de que vuestro sacrificio sea puro”; fuera de las expresiones arcaicas ¿habrá algo que haga sospechar a nuestros alumnos de hoy que se trata de un texto de veinte casi cumplidos siglos de antigüedad, y no de un párrafo de su devocionario o de su catecismo? Ya aquí la Didaché es, naturalmente, totalmente nueva, absolutamente cristiana, pues se trata de aquel mysterium fidei, ante el cual mil veces repetimos arrodillados: nova sint omnia, corda voces et opera (dejadlo todo, corazones, voces y obras).

Nueva también, y por demás interesante y curiosa, es la parte dedicada a los profetas y apóstoles ambulantes. La existencia de tales profetas en las primitivas comunidades cristianas está atestiguada por otros varios textos concordantes del Nuevo Testamento. Lo original de la Didaché, aparte de las precauciones que se hacían precisas contra falsarios y explotadores, es el alto aprecio en que son tenidos tales profetas, a quienes nadie puede osadamente juzgar, por muy extrañas cosas que hicieren, mientras no enseñen ni hagan nada manifiestamente contrario a la doctrina tradicional.

Tienen derecho a la manutención por parte de la comunidad; ocupan el lugar de los antiguos sumos sacerdotes y se les debe, por ende, el tributo de las primicias, según el precepto de la ley; están, finalmente, si no de derecho, sí de hecho, más altamente considerados que los “inspectores” o “vigilantes” de la comunidad, es decir, que los obispos, a quienes hay que respetar porque hacen, también, oficio de profetas y maestros. He aquí el rasgo de más genuino arcaísmo de la Didaché, dato orientador para la fecha y lugar probable de su composición.

La jerarquía está aún poco desarrollada. Esta Iglesia parece vigilada y dirigida aún por hombres carismáticos, intérpretes inmediatos del Espíritu, para bien y edificación de la Iglesia. Debía de persistir todavía algo de aquellas maravillosas efusiones que se dieron en la Iglesia de Corinto y que fueron ya objeto de la intervención y ordenamiento por parte del Apóstol San Pablo.

Porque es evidente que una sociedad cualquiera no puede regirse por meras ráfagas y llamaradas de entusiasmo, de posesión divina, aunque no deban tampoco extinguirse jamás del todo, so pena de convertir en máquina administrativa lo que fue creación de una llamarada del Espíritu. Si la Iglesia, aun estando, como toda agrupación humana, expuesta al peligro de la

mecanización, no ha sucumbido jamás a él, ha sido porque sus órganos administrativos han conservado siempre, gracias a la presencia íntima del calor y vida del propio Espíritu Santo, la flexibilidad de miembros de un organismo vivo, jamás la rigidez esquelética de lo inanimado y yerto. Pero en todo caso, siempre es necesaria una ordenación jerárquica que regule, modere y encause esas mismas efusiones carismáticas. Esta obra se iba realizando en todas las Iglesias, con más o menos rapidez, bajo la inspección o episcopía de los Apóstoles, y todas las funciones de profetas, doctores y demás hombres inspirados y movidos por el Espíritu, se iban sometiendo a la vigilancia y dirección de los “ancianos”, es decir, de los obispos, sacerdotes y diáconos, que elegían primero los Apóstoles o los discípulos de éstos (2 Tm 1, 5) y luego la comunidad cristiana en pleno.

La Didaché representa un estadio intermedio y de transición y refleja la situación de una comunidad rezagada en su desarrollo orgánico, o mejor dicho, organizado. Si se quiere precisar más, apenas pudiera decirse sino que esta Iglesia no pertenecía al dominio del Asia Menor, donde la evolución fue muy rápida —las cartas de San Ignacio mártir revelan ya plenamente constituido el episcopado monárquico—, sino más bien debe tratarse de alguna comunidad de Siria o Palestina, antes o poco después de la destrucción de Jerusalén, en el año 70 de nuestra era. No puede precisarse más. El ambiente que rodea a esta comunidad cristiana es pagano. Muchos de los vicios que ha de evitar el catecúmeno, son específicamente paganos. La comarca no debe tener abundante agua, pues se supone el caso de no poderse dar el bautismo por inmersión. El terreno es más bien montañoso, pues el pan eucarístico fue antes granos de trigo esparcidos por los montes. Aunque no con la agudeza de los días de San Pablo, aún se percibe un eco de la lucha judaizante. Todo esto aboga por una región como Palestina y Siria, y excluye Egipto, en que también se pensó por la estima en que fue tenida la Didaché entre los doctores de Alejandría.

Sea lo que fuere de estos datos externos, ahí está el librito, cuya versión, lo más fiel que pude hacerla y, por lo que sé, primera en lengua española, ofrezco al cristiano o cualquier profano y curioso lector. Libro de arcaica sencillez, imagen de un cristianismo a la vez profundo y práctico, testimonio vivo de vuestra fe, inalterable y fecunda, que crece y se expande como un ser vivo, siempre diversa y siempre igual a sí misma.

La versión va acompañada de un comentario, regularmente amplio, cuyo objeto es dar pleni-

tud de sentido a un texto en tantos puntos oscuro para el lector ordinario. Para él he utilizado ampliamente el que acompaña la versión alemana de la Didaché, por Ludwid A. Winterswyl, en la colección Die Zeugen des Wortes (Herden, 1939).

D. R. B. Salamanca, mayo 1946



DOCTRINA DE LOS DOCE APÓSTOLES

DOCTRINA DEL SEÑOR A LAS NACIONES POR MEDIO DE LOS APÓSTOLES.

I.- Los dos caminos.

Hay dos caminos, uno de la vida y otro de la muerte; pero es grande la diferencia que hay entre estos dos caminos.¹

Camino de la vida.

Ahora bien, el camino de la vida es este:

En primer lugar, amarás a Dios que te ha creado; y en segundo lugar, a tu prójimo, como a ti mismo.

Y todo aquello que no quieras que se haga contigo, no lo hagas tú tampoco a otro.²

La perfección evangélica.

Pero la doctrina de estas palabras es la siguiente:

Benedicid a los que os maldicen y orad por vuestros enemigos, y aún ayunad por los que os persiguen ¿Pues qué mérito tiene que améis a los que os aman? ¿No hacen también eso mismo los gentiles? Pero vosotros amad a los que os aborrecen y no tendréis enemigos.³

Abstente de los deseos carnales y corporales.

Si uno te da una bofetada en la mejilla derecha, vuélvele también la izquierda y serás perfec-

- 1 La alegoría de los caminos no es original del autor de la *Didaché*, pero tampoco creo que se pueda señalar una fuente literaria de donde se haya tomado directamente, pues se trata de una de las más elementales metáforas de la mente humana. De ahí que se encuentre como base de instrucción moral en todas las grandes religiones. Los griegos la conocen desde Hesíodo: “La maldad puede cualquiera tomarla, aún a montones, pues su camino es llano, y está cerca de nosotros; frente a la virtud, en cambio, los dioses inmortales pusieron el sudor, pues la senda que a ella conduce es larga y empinada y difícil en sus comienzos; mas una vez que se llega a la cima, se hace fácil en adelante, aunque en sí sea difícil.” (*Los trabajos y los días*, v. 287-292) Versos famosísimos que luego se citan constantemente en la literatura griega. Sócrates mismo se edificó con ellos. Los sofistas desarrollaron el tema de Hércules en el cruce de caminos; cf. Jenofonte, *Memorabilia Socratis*, libro II, c. I. 21. El autor de la *Didaché* no tenía por qué ir a tan remotas y, para él, ciertamente incógnitas regiones literarias, cuando tenía la misma imagen en el Evangelio (Mt 7,13-15) En el Antiguo Testamento es también frecuente. Sobre esta imagen, aparte de la bellísima alegoría del árbol junto a las aguas, se funda el Salmo I, fundamento, a su vez, de todo el Salterio.
- 2 El hecho de que la *Didaché* ponga desde el primer momento el amor de Dios y del prójimo como fundamento de la vida cristiana, es marca y sello de su esencia evangélica. La promulgación definitiva del primero y máximo mandamiento, su enlace esencial con el segundo -“el segundo es semejante al primero”-, el haber colgado, como de áurea anilla, de esos dos mandamientos toda la ley y los profetas, se debe pura y exclusivamente al Maestro Divino. Juntamente con el doble precepto del amor de Dios y del prójimo, se consigna la “regla de oro” de los estoicos posteriores: “Todo lo que no quieras que se haga contigo no lo hagas tú a los otros”. La regla está ya formulada en Tobías 4,16, y el Señor la ratificó en el sermón de la montaña, dándole forma positiva: “Así, pues, todo aquello que vosotros queréis que os hagan los hombres, hacedlo también vosotros a ellos. Porque ésta es la ley y los profetas.” Mt 7,12; cf. Lc 6,31.
- 3 El precepto del amor a los enemigos es específicamente cristiano. El mundo antiguo no lo conoció: “Concededme -suplica Solón a las Musas- ser así dulce a mis amigos y amargo a mis enemigos; de vista venerable para los unos y terrible para los otros.” (*Elegeia*, I, 5 Diehl) Los textos pudieran multiplicarse hasta lo infinito... Sólo Platón insinúa, casi como una paradoja, que no se ha de dañar ni siquiera al que nos ha hecho daño (*Critón*). El autor de la *Didaché* depende de Mt 5,43-47. Creo que se trata aquí ya de una cita literal y no de mera reminiscencia o del Evangelio oral. Los enemigos por quienes se manda orar y hasta ayunar -pormenor que no consta en el Evangelio- parecen ser los judíos, pues difícilmente conoció esta comunidad apartada la persecución de la autoridad romana.

to.

Si uno te fuerza a ir con él por el espacio de una milla, acompáñale dos.

Si alguien te quitare el manto, dale también la túnica.

Si alguien te quita lo tuyo, no lo reclames, pues tampoco puedes.⁴

La limosna.

A todo el que te pida, dale, y no se lo reclames, pues el Padre quiere que a todos se dé de sus propios dones.

Bienaventurado el que da, conforme al mandamiento, pues es inocente.

Pero ¡ay del que recibe! Porque si recibe por necesidad, será inocente; pero el que recibió sin tener necesidad, tendrá que dar cuenta de por qué y para qué recibió. Será puesto en prisión y no saldrá de allí hasta pagar el último centavo.

Y aún sobre esto fue dicho: “Que tu limosna sude en tus manos, hasta que sepas a quien das.”⁵

II.- El segundo mandamiento.

El segundo mandamiento de la doctrina es este:

No matarás. No cometerás adulterio. No corromperás a los jóvenes. No fornicarás. No robarás. No te dedicarás a la magia ni a la hechicería. No matarás al hijo en el seno de su madre, ni quitarás la vida al recién nacido. No codiciarás los bienes de tu prójimo. No perjurarás. No levantarás falsos testimonios. No calumniarás ni guardarás rencor a nadie.⁶

No serás doble ni de pensamiento ni de lengua, pues la doblez es un lazo de muerte. Tu palabra no será mentirosa ni vacía, sino cumplida por la obra.

4 El deseo de reclamar el propio derecho proviene, según la *Didaché*, de la carne y del cuerpo. La carne y el cuerpo serían la fuente de pecado. Aquí hay, tal vez, que reconocer en el autor una influencia platónica o estoica que ve en el cuerpo un principio del mal. El cristiano habla de muy distinta manera del cuerpo, creado por Dios y convertido por la gracia en templo del Espíritu Santo. Otra cosa es el concepto de “carne”, como opuesta al espíritu, concepto estampado por San Pablo, frecuente en el cuarto Evangelio, y no desconocido de algún filósofo antiguo (Epicuro). *La dico vobis, non resistere malo...* Mt 5,39 y sig. Jamás el mundo entenderá estas divinas paradojas. El final de estos preceptos es oscuro. ¿Por qué el cristiano no puede reclamar lo suyo? ¿Por qué no se le hará justicia? ¿Por qué lo suyo está muy por encima de los intereses terrenos? Es difícil precisarlo.

5 El precepto de la limosna se enlaza también con el Evangelio: Mt 5,42 y sigs. El cristiano ha de dar a todo el que le pida y ha de tomar por modelo al Padre que está en los cielos, el cual hace salir su sol sobre buenos y malos y llover sobre justos e injustos. Sin embargo, para quitar asidero a los pillos que quisieran vivir de la generosidad ajena, el autor lanza su ¡ay del que recibe! El juicio donde tendrá que dar cuenta de lo que recibió sin necesidad, es el juicio del Señor a su vuelta. El dicho que se cita como del Señor, no aparece en el Evangelio, si bien se cita otras veces fuera de la *Didaché* en la tradición cristiana. Casi, casi parece contradecir el otro *ágraphon* que atribuye San Pablo a Jesús: “Mayor dicha es dar que recibir” (Hch 20,35).

6 El segundo mandamiento de la *Didaché* es, en realidad, el segundo mandamiento de la ley de Dios. Todos los casos enumerados, siempre en forma negativa, se refieren al amor del prójimo, y pueden considerarse como explicación de la regla de oro. Ciertos vicios delatan ambiente estrictamente pagano y hasta helénico, por ejemplo, el aborto, la *paido-phthoria*, afortunadamente intraducible en castellano, la magia y la hechicería. El catecúmeno debe saber de antemano que su nueva vida será absolutamente incompatible con ninguno de esos vicios.

No serás avariento, ni ladrón, ni fingido, ni mal intencionado, ni soberbio. No tomarás mal consejo contra tu prójimo.

No aborrecerás a ningún hombre, sino que a unos los corregirás, a otros los compadecerás; por unos rogarás y a otros amarás más que a tu propia alma.⁷

III.- Apártate del mal.

Hijo mío, huye de todo mal y de cuanto se asemeje al mal. No seas iracundo, porque la ira conduce al asesinato.

No seas envidioso, ni disputador, ni acalorado, pues de todas estas cosas se engendran muertes.

Hijo mío, no te dejes llevar por tu deseo, pues el deseo conduce a la fornicación.

No hables deshonestamente ni andes con ojos atrevidos, pues de todas estas cosas se engendran fornicaciones.

Hijo mío, no te hagas adivino, pues esto conduce a la idolatría; ni encantador, ni astrólogo, ni purificador, ni quieras ver estas cosas, pues de todo ello se engendra idolatría.⁸

Hijo mío, no seas mentiroso, pues la mentira conduce al robo.

No seas avaro ni vanaglorioso, pues de todas estas cosas se engendran robos. Hijo mío, no seas murmurador, pues la murmuración conduce a la blasfemia.

No seas arrogante, ni de mente perversa, pues de todas estas cosas se engendran blasfemias.⁹

Haz el bien.

Sé más bien manso, pues los mansos poseerán la tierra.¹⁰

Sé longánimo, compasivo, sin malicia, tranquilo, bueno y temeroso en todo tiempo de las palabras que oíste.

7 Ningún sello tan auténticamente cristiano de esta primera “Doctrina Cristiana” como la universalidad del amor tan categóricamente promulgada. Ni siquiera se atiende a la diferencia de fe o religión, como no se paró a examinar el Buen Samaritano si el hombre herido en el camino era o no de su secta o religión. ¡No aborrecerán a ningún hombre! He ahí una pura resonancia evangélica de esta viejísima *Didaché*, que nos recuerda algo también muy viejo, y quién sabe si un tanto olvidado: La ley suma y universal de la caridad.

8 En todo este capítulo el maestro se ha convertido en padre, que quiere llevar al futuro cristiano a algo más íntimo que los preceptos generales anteriores. Aquí se ataca ya la raíz del mal, que es el deseo interior. En todas las malas artes paganas de adivinación, encantamiento, astrología y ritos de purificación, ve el autor un culto del demonio, una idolatría.

9 La murmuración de que se habla en este precepto de la *Didaché* se refiere a las quejas contra las disposiciones de la Providencia Divina, de las que pueden originarse las blasfemias contra Dios mismo. Igualmente la arrogancia -la palabra griega quiere decir “complacencia en sí mismo”- es también aquella soberbia por la que el hombre se constituye centro del universo y pretende romper los límites infranqueables que lleva entrañados su condición de criatura. De ahí también la blasfemia.

10 Mt 5,5; y también reminiscencia del salmo 36,11.

No te exaltes a ti mismo, ni consientas a tu alma temeridad alguna.

No se juntará tu alma con los soberbios, sino que conversarás con los humildes y con los justos.

Recibe como bienes las cosas que te sucedieren, sabiendo que sin la disposición de Dios nada sucede.¹¹

IV.- La comunidad cristiana.

Hijo mío, acuérdate noche y día del que te habla la palabra de Dios y hónrale como al Señor; porque donde la gloria del Señor es anunciada, allí está el Señor.

Buscarás todos los días los rostros de los santos, a fin de recrearte con sus palabras.

No fomentarás la escisión, sino que pondrás en paz a los que contienden. Juzgarás con justicia, sin distinción de personas, para reprender las faltas. No dudarás si será o no será.¹²

Liberalidad en el dar.

No seas de los que alargan la mano para recibir y la encogen para dar.

Si adquieres algo con el trabajo de tus manos, da de ello como redención de tus pecados.

No dudarás si das o no, ni murmures cuando des, pues has de saber quién es el buen recompensador de tu limosna.

No eches de ti al necesitado, sino comparte en todo con tu hermano, y de nada digas que es solo tuyo. Pues si en los bienes inmortales os compartís, ¿cuánto más en los mortales?¹³

11 Sin transición ninguna ha pasado el autor de la *Didaché* del catálogo de los vicios a la recomendación de las virtudes. Estas son específicamente cristianas: La mansedumbre, la paciencia, la paz, la humildad, la resignación a la voluntad de Dios en todo acontecimiento de la vida. Esta resignación, fundada en la fe de que todo está ordenado por la Providencia del Padre celestial, contrasta con aquella soberbia blasfema del que se vuelve contra las disposiciones divinas.

12 Es este un hermoso compendio de los deberes del neófito para con la Comunidad cristiana de la que va a formar parte. El primer lugar en el amor y la reverencia lo ocupa el maestro que anuncia la palabra de Dios. No puede darse más alta idea de la fe con que la primitiva Comunidad cristiana miraba a los heraldos de la palabra divina. El catecúmeno buscará el trato de los "santos", es decir, de los otros cristianos, que así se llaman desde San Pablo, porque han sido separados del mundo de pecado para vivir vida nueva y divina en Cristo. Se duda del sentido de la última recomendación. Quizá se refiera a dudas sobre la proximidad de la venida del Señor.

13 El autor reitera las prescripciones anteriores sobre la generosidad en el dar. La limosna, como redención del pecado, es doctrina del Antiguo Testamento: "porque la limosna libra de todo pecado y no consentirá que el alma vaya a las tinieblas." Job 4,11; cf. Dn 4,24, etc. La limosna se hace aquí a hermanos en la fe, entre los cuales se establece una especie de comunismo sobrenatural, del que deriva también un comunismo de bienes terrenos fundado en la caridad. Véase la hermosa descripción del libro de los *Hechos*: "La muchedumbre de los creyentes sólo tenía un corazón y un alma, y nadie decía ser suyo nada de lo que poseía, sino que todo era común a todos... y tampoco que había entre ellos ningún necesitado, pues cuantos poseían campos o casas los vendían y depositaban el precio a los pies de los apóstoles (Hch 4,32.35). Este movimiento, sin embargo, parece fue peculiar de la Iglesia de Jerusalén y fue determinado por la creencia en la proximidad de la *parusía* del Señor. La Iglesia se empobreció y hubo de apelar luego a las limosnas de los demás, como lo atestiguan las colectas organizadas con tanto celo por el mismo apóstol San Pablo.

La familia cristiana.

No retirarás la mano de tu hijo o de tu hija, sino que desde la juventud les enseñarás el temor del Señor.

No mandarás con aspereza a tu esclavo ni a tu esclava, que esperan en el mismo Señor que tú, no sea que pierdan el temor del Señor que está sobre unos y otros.

Porque no viene a llamar con distinción de personas, sino a aquellos a quienes preparó su Espíritu.

Por vuestra parte, vosotros, esclavos, someteos a vuestros señores, como a representantes de Dios, en reverencia y temor.¹⁴

Últimos preceptos.

Aborrece toda hipocresía y todo cuanto no agrada al Señor. No abandones los mandamientos del Señor, sino guarda lo que recibiste sin añadir ni quitar cosa alguna.

Confiesa en la reunión tus pecados y no te acerques a la oración con mala conciencia.

Este es el camino de la vida.¹⁵

V.- El camino de la muerte.

El camino de la muerte es éste:

Ante todo, es camino malo y lleno de maldición. En él se dan muertes, adulterios, concupiscencias, fornicaciones, robos, idolatrías, magias, hechicerías, rapiñas, falsos testimonios, hipocresías, doblez de corazón, engaño, soberbia, malicia, arrogancia, avaricia, deshonestidad en el hablar, celos, temeridad, altivez y jactancia.

Quiénes lo siguen.

Siguen este camino los perseguidores de los buenos, los aborrecedores de la verdad, los

14 Para este cuadro de la familia cristiana, padres, hijos, esclavos, confróntese las Epístolas paulinas Ef 5,22 y 6,1-4: Col 3,18 y 4,1, y la 1 P 2,18 y 3, 6. No se trata aquí de una cita escrituraria, sino de un modo de sentir general que justamente radicaba en la enseñanza viva de los apóstoles. La cuestión de los esclavos se resuelve aquí, como en San Pablo, en un plano sobrenatural. El señor ha de ver en el esclavo a un hermano en la fe, y éste en el señor una imagen de Dios, verdadero señor de entrambos. Este fue el primer paso hacia la plena libertad humana.

15 Estos últimos preceptos del camino de la vida atañen también a la comunidad. En ella, ante todo, ha de reinar la sencillez y sinceridad y, por tanto, el bautizado ha de aborrecer toda hipocresía. Los mandamientos del Señor cuya guarda se recomienda son estos mismos de la *Didaché*, a los que nada hay que añadir ni quitar. Muy notable es el mandamiento de confesar ante la Comunidad los pecados. Lástima que la "Doctrina" no se más explícita en este punto. Esta confesión está, por lo menos, en relación con la oración, que es la oración de la comunidad cristiana, y a la que no ha de llegarse con conciencia de pecado. Luego, por esa confesión, se perdonan éstos.

amantes de la mentira, los que no conocen el galardón de la justicia, los que no se adhieren al bien ni al recto juicio, los que vigilan y no para el bien, sino para el mal.

Lo siguen también aquellos de quienes está lejos la mansedumbre y la paciencia, los amantes de la vanidad, los que sólo buscan su recompensa, los que no se compadecen del pobre, los que no trabajan por el atribulado, los que no reconocen a su Creador, los asesinos de sus hijos, los destructores de la imagen de Dios, los que arrojan de sí al necesitado, los que oprimen al atribulado, los abogados de los ricos, los jueces inicuos de los pobres, los pecadores en todo.

Apartaos, hijos, de todas estas cosas.¹⁶

VI.- Vía media.

Vigila para que nadie te extravíe de este camino de la *Doctrina*, pues te enseña fuera de Dios. Porque si, en efecto, puedes llevar todo el yugo del Señor, serás perfecto; y si no puedes todo, haz aquello que puedas.

Respecto de la comida, guarda la que puedas; pero de lo sacrificado a los dioses, abstente enteramente, pues es culto de dioses muertos.¹⁷

VII.- El bautismo.

Con respecto del bautismo, bautizad de esta manera.

Dichas con anterioridad todas estas cosas, bautizad en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, en agua viva.

Si no tienes agua viva, bautiza con otra agua.

Si no puedes hacerlo con agua fría, hazlo con caliente.

Si no tuvieres ni una ni otra, derrama tres veces agua sobre la cabeza en el nombre del Padre,

16 En el camino de la muerte se enumeran veintidós vicios y se cuentan dieciocho seguidores de ellos. Se trata, evidentemente, de un cuadro del mundo pagano tomado de la realidad circundante, contra la que el cristianismo de los primeros siglos -exactamente igual que el cristianismo de ahora- tenía y tiene que luchar para mantenerse a la altura de su ideal de santidad y perfección evangélica. El autor de la *Didaché* nos hace recordar aquí, aún sin dependencia literal, quizá sí literaria, el cuadro trazado de mano maestra por San Pablo en Rm 1,24-32. Nótese, por lo demás, la brevedad con que se describe el camino de la muerte o del pecado, porque en la vida cristiana lo interesante no es conocer el mal, sino practicar el bien.

17 Este capítulo es una especie de apéndice a la doctrina de los dos caminos. Ante todo, un aviso para estar en guardia contra quien quiera enseñe nada que extravíe al bautizado de este camino, pues será doctrina "fuera de Dios". Los dos puntos que siguen ya no son de absoluta obligación a todo cristiano. "El yugo del Señor", expresión con que Jesús mismo designara toda su enseñanza o seguimiento, llamándole ligero (Mt 11,30), parece restringirse aquí a un punto particular de perfección evangélica, que bien pudiera ser la continencia perfecta. El autor no la impone con *conditio sine qua non* para pertenecer a los santos, es decir, a la Iglesia de Dios. Libre es también el cristiano en seguir o no ciertas prescripciones sobre alimentos que algunos propagarían como perfección, por ejemplo, la abstinencia de carne. En cambio, es categórica la prohibición sobre los *idolothya*, más rigurosa que el mismo apóstol San Pablo. La prohibición del concilio de Jerusalén (Hch 15,29) conserva también un como horror judío atávico a todo lo relacionado con los "dioses muertos".

y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Antes del bautismo, ayune el que bautiza y el bautizando, y algunos otros, si pueden. Al bautizando le mandarás ayunar uno o dos días antes.¹⁸

VIII.- El ayuno cristiano.

Vuestros ayunos no han de ser al mismo tiempo que lo hacen los hipócritas; porque éstos ayunan el día segundo y quinto de la semana. Pero vosotros ayunad el día cuarto y el día de la preparación.¹⁹

La Oración Cristiana.

Ni oréis tampoco como los hipócritas, sino que, tal como os mandó el Señor en su Evangelio, así tenéis que orar:

Padre nuestro celestial,
santificado sea tu nombre,
venga tu reino,
hágase tu voluntad,
como en el cielo, también en la tierra.
El pan nuestro de nuestra subsistencia,
dánosle hoy;
y perdónanos nuestra deuda, así como
también nosotros perdonamos a nuestros deudores,

18 Los capítulos siguientes VII – X que nos dan el más antiguo esbozo de la liturgia cristiana, son, naturalmente, dentro de la *Didaché*, específicamente cristianos. La primera parte de la *Didaché*, la doctrina de los dos caminos, era preparación para el bautismo, y así se enlaza una parte con otra. El bautismo se administra con la fórmula trinitaria de Mt 28,19, y si la misma *Didaché* habla en IX, 5 del bautismo “en el nombre del Señor”, no se trata de otra fórmula, como tampoco cuando en los escritos apostólicos se habla del bautismo “en el nombre de Jesús”, sino de un modo general de denominar el bautismo cristiano en contraposición con los lavatorios judíos y gentiles. El agua que ha de usarse para el bautismo ha de ser agua “viva”, es decir, corriente, pues, según las ideas de los orientales, el agua estancada no era propia para la purificación. Sin embargo, se permite otra clase de agua. La forma de bautizar era corrientemente la inmersión, y en ello veía la primitiva cristiandad un símbolo de consuepultura y conresurrección con Jesucristo, según las ideas paulinas. Se ve, sin embargo, que en casos de escasez de agua (se trata de tierra seca, por ejemplo, Siria o Palestina) se admite también el bautismo por infusión, que es actualmente el único usado en la Iglesia latina. Véase, no obstante, lo que dice *Rituale Romanum*, (Título II, cap. 1,10): “Licit bautismos conferrí valide possit aut per infusiones aquae aut per immersionem aut per aspersiones; primus tamen vel secundus aut mixtus ex utroque, qui magis si: in uso pro Ecclesiarum consuetudine retineatur.” Finalmente el ayuno que precede al bautismo, en que toma parte la comunidad, indica la solidaridad de ésta con el bautizando.

19 El enlace de la prescripción sobre el ayuno y los días en que se ha de hacer, parece algo externo con lo anterior. Los cristianos han de ayunar los miércoles y viernes para no coincidir con los “hipócritas”, que ayunan los lunes y jueves. Sin embargo, en algo más que en los días había de distinguirse el ayuno cristiano del de los judíos o “hipócritas”. Esta expresión con que se señala a los judíos nos hace pensar en Mt 6,16, y allí se marcan las diferencias de un ayuno y otro. Por lo demás, hay aquí, como en toda la *Didaché*, un eco de la lucha contra los judaizantes o judíos en general, que llenó parte tan grande de la vida apostólica de San Pablo. Después del año setenta, esta actividad de los judaizantes sobre las comunidades cristianas cesa en absoluto. No debe, pues, ser muy posterior al setenta la fecha de composición de la *Didaché*.

y no nos lleves a la tentación,
mas líbranos del malo.
Porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos.
Así oraréis tres veces al día.²⁰

IX.- La Eucaristía.

Respecto de la Eucaristía, daréis gracias de esta manera:

Primeramente, sobre el cáliz:

Te damos gracias, Padre nuestro, por la santa viña de David, tu siervo,
la que nos diste a conocer por medio de Jesús, tu siervo.

A ti sea la gloria por los siglos.²¹

Luego, sobre la fracción (del pan):

Te damos gracias, Padre nuestro,
por la vida y el conocimiento que nos manifestaste
por medio de Jesús, tu siervo.

A ti sea la gloria por los siglos.²²

Como este fragmento

estaba disperso sobre los montes y reunido se hizo uno,
así sea congregada tu Iglesia

20 La oración Cristiana también ha de ser distinta de la oración de los “hipócritas”. Seguramente había en la comunidad cristianos provenientes de la sinagoga, que seguían usando las formas de oración de ésta. El autor de la *Didaché* quiere que se ore conforme mandó Jesús en el Evangelio. Es imposible no ver aquí una clara alusión al texto escrito de San Mateo, a quien sigue en la transcripción del Padre nuestro (Mt 6,9-13). El hecho de que el Padre nuestro se cierre con una doxología, antecedente lejano de nuestro *Gloria Patri*, prueba que el Padre nuestro formaba ya parte de la oración litúrgica de la comunidad. Tres veces al día quiere la *Didaché* que se rece el Padre nuestro, en evidente oposición a las tres veces en que los “hipócritas” recitaban las llamadas 13 bendiciones. “En la limitación al triple rezo diario, se expresa la gran reverencia de la cristiandad primitiva por la más santa de las oraciones; al introducirse más tarde la costumbre de rezar innumerables veces el Padre nuestro, se perdió esta veneración y estima y no podemos menos de considerar la antigua práctica como más conveniente” (Winterswyl). Hoy día rezamos mucho “aprisa y por acabar la tarea”, que dice Santa Teresa. Léase todo el comentario, admirable y único, como suyo, al *Pater noster*.

21 He aquí las más antiguas oraciones eucarísticas, bellas y conmovedoras, que pudieron todavía ser pronunciadas por algunos de los Apóstoles - Juan vivía ciertamente al redactarse la *Didaché*- y que respiran fe profunda, ardiente esperanza, intimidad religiosa, sentido vivo de la unidad de la Iglesia en Cristo Jesús, fuente de toda vida y término de todo anhelo del cristiano. Con todo, no son pocas las dificultades que en sus pormenores presentan estas oraciones. Parece ante todo que no puede dudarse que se trata de la celebración eucarística, propiamente dicha. El que falte la fórmula de la institución y consagración, pudiera explicarse porque estas oraciones están destinadas a la comunidad y no, primariamente, al sacerdote. La viña de David es la misma salud mesiánica, varias veces simbolizada en la vid: Gn 49,11; Sal 79,9 *et alibi*. Jesús se aplicó a sí mismo la imagen mesiánica en Jn 15,1-8: “Yo soy la vid; vosotros, los sarmientos”.

22 La vida y el conocimiento manifestados por Jesucristo se identifica con la que antes se llamó la santa viña de David, es decir, la salvación y vida divina de que Jesucristo es fuente y origen. Justamente la denominación de Jesús como “siervo de Dios”, alusión cierta a la profecía de Isaías sobre el siervo paciente de Jahwé (c. 53 íntegro), demuestra que esta primitiva comunidad no ignora la doctrina de San Pablo sobre el enlace entre Eucaristía y Pasión del Señor: “Cuántas veces comiereis este pan y bebiereis el cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga” (1 Co 11,25). Por lo demás, la expresión “siervo de Dios” que el griego traduce por *páis theou*, aplicada a Jesús, desapareció de la liturgia por prestarse a la confusión de que el siervo de Dios no fuera también Dios.

de los confines de la tierra en tu reino.

Porque tuya es la gloria y el poder por Jesucristo eternamente.

Que nadie coma y beba de vuestra Eucaristía, sino los bautizados en el nombre del Señor.

Pues justamente sobre esto dijo el Señor: “No deis lo Santo a los perros”.²³

X.- Después del ágape.

Después de saciaros, daréis gracias de este modo: Te damos gracias, Padre nuestro,
por tu Santo nombre,

que hiciste morar en nuestros corazones,
y por el conocimiento, la fe y la inmortalidad

que nos manifestaste
por medio de Jesús, tu siervo.

A ti sea la gloria por los siglos.²⁴

Tú, Señor omnipotente,
creaste todas las cosas por causa de tu nombre,

y diste a los hombres
comida y bebida para su disfrute,
a fin de que te dé gracias.

Pero a nosotros nos concediste
comida y bebida espiritual

y vida eterna por tu Siervo.

Ante todo, te damos gracias,
porque eres poderoso.

²³ Es impresionante el sentimiento profundo de la unidad y universalidad de la Iglesia que esta antiquísima *postcommunio* nos revela. Por otra parte, apenas si cabe superar la belleza de la forma. Se trata, ciertamente, de una nueva poseía, que nace justamente cuando la lírica griega estaba agotada, porque agotada estaba también la fe del alma pagana. La solemne intimación de que sólo los bautizados pueden comer y beber de la Eucaristía, y la cita expresa de Mt 7,6 que la tradición posterior entendió siempre del misterio eucarístico, demuestra cumplidamente que estas oraciones se pronuncian en la celebración propiamente dicha de la Eucaristía, no en algún banquete de hermandad a que seguidamente se hace también alusión.

²⁴ El verbo empleado aquí (*emplesthemai*) implica probablemente una comida corriente, comida de hermandad o ágape, que precedía o seguía a la celebración propiamente eucarística. He aquí la definición que del ágape da Tertuliano: *Coenula nostra de nomine rationem ostentat. Id vocatur quod dilectio apud graecos est*. A los ágapes se alude en St 2,2; 2 P 2,14; Jd 12, único pasaje en que aparece expresa la palabra ágape. Los Hch 2,47, se refieren también a estas comidas no estrictamente eucarísticas. Parece, pues, que la *Didaché* y el uso primitivo de la Iglesia, distinguía dos celebraciones de acción de gracias, o Eucaristía, una ordinaria, aunque dirigida en último término a la unión fraternal y que también podía enlazarse con el recuerdo de la última Cena, y otra sacramental, que era propiamente la que realizaba el mandato de Jesús: “Haced esto en memoria de Mí”. Con todo, como nota Altaner, el verbo “su saciarse” puede entenderse de la comida eucarística, como es uso corriente en la Liturgia actual, y estas oraciones serían también directa y primariamente eucarísticas.

A ti sea la gloria por los siglos.²⁵
Acuérdate, Señor, de tu Iglesia,
para librarla de todo mal,
y reúnela, santificada,
de los cuatro vientos
en el Reino que Tú le preparaste.
Porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos.
Venga la gracia y pase este mundo.
Hosanna al Dios de David.
El que sea santo, que se acerque;
el que no lo sea, que haga penitencia.
Maranatha. Amén.
A los profetas, permitidles que den gracias cuantas veces quieran.²⁶

La unción.

Respecto del óleo de la unción, daréis gracias de esta manera:
Te damos gracias, Padre nuestro,
por el óleo de la unción,
que Tú nos manifestaste
por Jesucristo, tu Siervo.
A ti sea la gloria por los siglos.²⁷

25 Aún pronunciada esta oración después de “saciarse”, su contenido nos obliga a ponerla en relación con la Eucaristía. ¿Qué puede, en efecto, significar la comida y bebida espiritual y vida eterna dada por Jesucristo, en contraste con la comida para disfrute de los sentidos? En realidad ignoramos, por lo menos para la *Didaché*, en qué relación estaban ágape y Eucaristía, y queda ciertamente algo flotante el sentido y aplicación estricta de estas, por otra parte, tan bellas plegarias. Muy significativa es la fórmula “te damos gracias porque eres poderoso”, la cual nos recuerda la del *Gloria* en la misa: *Gratias agimus tibi proper magnam gloriam team*. Aquí, en realidad, acción de gracias se identifica con alabanza, pues una y otra tienen la común raíz de la caridad.

26 Esta oración por la Iglesia respira la fe y ardiente anhelo de la comunidad cristiana por la vuelta del Señor. Sólo con la vuelta del Señor adquiriría la Iglesia su perfecta unidad, al congregarla Él, santificada, de los cuatro vientos en el reino que le tiene preparado. Creyera o no la primitiva comunidad en la *proximidad* de la venida del Señor, no cabe duda que esta fe era para el cristiano una positiva fuerza sobrenatural, un auténtico anhelo de vivir en el reino de la gracia y liberarse del mundo. El hosanna al Dios de David es una magnífica confesión de la divinidad del Hijo de David, y conserva un eco de la polémica con los judíos. En Ap 20,22, San Juan interpreta la súplica del *Maranatha* “*Veni Domine Jesu*”. La intimación: “El que sea santo que se acerque”, no se refiere a la santidad que supone la celebración eucarística, sino al hecho mismo de ser cristiano. El que no lo sea, es decir, el pagano, haga penitencia, convirtiéndose al Señor. A los profetas no se les señala oración particular, sino que pueden ellos, como movidos que son por el Espíritu, pronunciar las que quieran y prolongarlas cuanto quieran. La *Didaché* no “extingue el espíritu”.

27 Estos versículos sobre la unción no constan en el actual texto griego, sí en una versión copta, recientemente descubierta. Aquí los tomamos de la versión alemana de Wintherswyl. Lo que no se ve claro es si esta unción es la de la confirmación, que acompaña al Bautismo, o la unción de los enfermos que preceptúa St 5,14. Lo que no puede ya ponerse en duda es la *Didaché* conoce una unción sacramental, contra lo que pudieran suponer los que explotan el argumento *ex silentio*.

XI.- Apóstoles y Profetas.

Así, pues, al que viniere a vosotros y os enseñare todo lo antes dicho, recibidle; pero si, extraviado el maestro mismo, os enseñare otra doctrina para vuestra disolución, no le recibáis.

Al que enseñare, en cambio, para aumentar vuestra justicia y conocimiento del Señor, recibidle como al Señor.

Respecto de los apóstoles y profetas, procederéis conforme a la doctrina del Evangelio.

Todo apóstol que venga a vosotros, sea recibido como el Señor.²⁸

Alerta con los falsarios.

El apóstol no permanecerá entre vosotros sino un solo día; si hubiere necesidad, otro más. Pero si permaneciere tres días, es un falso profeta.

Al salir de entre vosotros, el apóstol no ha de tomar nada consigo, si no fuere pan, hasta su nuevo alojamiento. Pero si pidiere dinero, es un falso profeta.²⁹

No juzgar al profeta.

No examinéis ni juzguéis a ningún profeta que habla en espíritu, porque todo pecado se perdonará, pero este pecado no se perdonará.

Sin embargo, no todo el que habla en espíritu es profeta, sino el que tuviere las costumbres del Señor.

Así, pues, por sus costumbres se conocerá el verdadero y falso profeta.³⁰

28 Los cinco capítulos siguientes XI – XV se refieren a la organización de la primitiva comunidad cristiana, a la que se dirige o de donde surge la *Didaché*, y son de lo más interesante de la obra. La jerarquía propiamente dicha no está del todo desarrollada, pero en modo alguno es desconocida. Más bien puede afirmarse que se tiende definitivamente a ella, a pesar del relieve de apóstoles, profetas y doctores, hombres carismáticos, llenos del espíritu de Dios, escogidos directamente por Dios para la predicación del Evangelio y edificación, en el sentido más estricto, de la Iglesia. San Pablo menciona expresamente estas tres categorías: “Dios ha establecido en la Iglesia, en primer lugar, apóstoles; en segundo, profetas; en tercer lugar, doctores...” 1 Co 12,28. Véase también Ef 4,11-12 y 2,20. Al apóstol hay que recibirle como al Señor: Mt 10,40.

29 El apóstol, según aquí se ve, es un misionero ambulante (en realidad apóstol y misionero son la misma cosa, dicha en griego o en latín), y el hecho de que no pueda permanecer sino uno o dos días en esta comunidad de la *Didaché*, prueba que se trata de una Iglesia ya formada, siquiera algo arcaica en su organización interna. Es natural que cuando el apóstol fundaba una Iglesia en tierra de misión, su permanencia en ella hasta organizar la vida cristiana, no podía limitarse a tres días; pero siempre se ve que el orden jerárquico es el estable y definitivo y al que tiende, por ley interna y divina, la vida de la comunidad. Estos apóstoles ambulantes eran, por lo demás, un lazo de unión entre las Iglesias particulares, y su presencia renovaría el fervor y entusiasmo religiosos. Muy hermoso es encontrarnos en esta vieja *Didaché* el desinterés más completo, como la nota característica del apóstol. Así lo preceptúa el Señor en el Evangelio. Dios nos libre de apostolados que son un negocio, pero no apostolado.

30 El que condena al profeta que habla en espíritu, parece condenar al espíritu mismo que le inspira o impulsa. De ahí que el autor aplique aquí la palabra evangélica de irremisión del pecado contra el Espíritu Santo, de Mt 12,31. Sobre esta especie de extensión al juicio de la comunidad de los hombres pneumáticos, habla San Pablo: “El espiritual o pneumático lo juzga todo, pero él no es juzgado por nadie” (1 Co 2,15). Sin embargo, no todo el que parece hablar en espíritu es verdadero profeta, y de ahí las precauciones contra los falsarios. El mismo San Pablo, junto al carisma de la profecía, pone el de la discreción de espíritus (1 Co 12,10). De ahí las certeras señales de la *Didaché* para conocer y distinguir al verdadero y falso profeta. La primera y fundamental es su vida: “Por sus costumbres los conoceréis”, reminiscencia evidente de Mt 7,16: “Por sus frutos los conoceréis”.

Señales de discernimiento.

Todo profeta que manda poner una mesa, no come de ella; en caso contrario, es un falso profeta.

Y si un profeta enseña la verdad, pero no cumple lo que enseña, es un falso profeta.

Todo profeta que se ha probado que es verdadero, que hace algo para el misterio mundano de la Iglesia, pero no enseña a hacer lo que él hace, no ha de ser juzgado de vosotros, pues tiene su juicio con Dios. Del mismo modo, en efecto, obraron los antiguos profetas. Pero el que dijere en espíritu: Dame dinero u otras cosas, no le escuchéis; Pero si dijere que se dé para otros necesitados, que nadie le juzgue.³¹

XII.- Peregrinos y vagos.

Todo el que llegare a vosotros en el nombre del Señor, sea recibido; luego, examinándole, le conoceréis —pues tenéis inteligencia— por su derecha y por su izquierda.

Si el que llega a vosotros es un caminante, ayudadle en cuanto podáis. Sin embargo, no permanecerá entre vosotros sino dos días, y si hubiere necesidad, tres.

Si quiere establecerse entre vosotros y tiene un oficio, que trabaje y así se alimente.

Si no tuviere oficio, proveed conforme a vuestra prudencia para que no viva entre vosotros ningún cristiano ocioso.

Caso de que no quisiere hacerlo así, es un traficante de Cristo.³²

XIII.- El sustento de los profetas y maestros.

Todo profeta verdadero, que quiera establecerse entre vosotros, es digno de su sustento.

Igualmente, el maestro verdadero merece también, como el trabajador, que le alimentéis.

Por lo tanto, de todos los productos del lagar y de la era, de los bueyes y de las ovejas, darás

31 Lo mismo que el apóstol, el profeta ha de ser desinteresado, no un traficante de Cristo: por eso, si manda inspirado que se ponga una mesa para los pobres, él no ha de comer de ella. Tampoco ha de ser un charlatán de las cosas de Dios, que no practica lo que él mismo predica. Queda oscuro qué quiera decir el “misterio mundano” de la Iglesia y las hipótesis propuestas para explicarle, no satisfacen plenamente. Me inclinaría a ver en la expresión de “misterio mundano” la denominación del conjunto de necesidades o relaciones de la Iglesia con el mundo material o pagano. Que un profeta se dedicara a trabajar para ese “misterio o ministerio” pudiera ser materia de escándalo para los que no vieran más que la corteza de los hechos. Mas si, por otra parte, el profeta es probado, que nadie le juzgue en su conducta. La última señal insiste más claramente sobre el desprendimiento y desinterés del profeta.

32 Se trata ahora de hermanos caminantes que no son precisamente hombres carismáticos, y aquí nos encontramos con un rasgo sumamente simpático de esta primitiva comunidad cristiana: no tolera al ocioso y exalta el trabajo manual, el de los *technitai*, que despreciaban griegos y romanos. La doctrina es paulina: “El que no trabaja, que tampoco coma.” Y el mismo San Pablo dio el ejemplo (2 Ts 3,6 y sigs.). Entre los antiguos, Hesíodo había dicho: “Ningún trabajo es deshonor; sólo la ociosidad es deshonor” (*Erga*, 311). Un texto antiguo cristiano, la *Didascalia*, XIII, dice: “Ningún holgazán puede ser creyente.” No está de más recordar esta doctrina a los traficantes de Cristo, que aún pueden darse ahora.

las primicias a los profetas, pues ellos son vuestros sumos sacerdotes.

Si no tuviereis profeta, dádselo a los pobres.

Si amasares pan, toma las primicias y dadlas conforme al mandato de la ley.

Igualmente, cuando abrieres un cántaro de vino o de aceite, toma las primicias y dadlas a los profetas.

Toma de tu plata y vestidos y de toda tu riqueza las primicias que te pareciere, y dadlas conforme al mandato de la ley.³³

XI.- El día del Señor.

Reuníos el día del Señor, partid el pan y celebrad la acción de gracias, después de haber confesado vuestros pecados, a fin de que vuestro sacrificio sea puro.

Todo el que tuviere contienda con su prójimo, no se junte con vosotros hasta tanto se hayan reconciliado, a fin de que no se profane vuestro sacrificio.

Porque éste es el sacrificio del que dijo el Señor: “En todo lugar y en todo tiempo, se me ofrece un sacrificio puro, porque yo soy Rey grande, dice el Señor, y mi nombre es admirable entre las naciones”.³⁴

XV.- Elección de obispos y diáconos.

Elegíos, pues, inspectores y ministros dignos del Señor, que sean hombres mansos, desinteresados, veraces y probados. No los despreciéis, pues, porque ellos son los que alcanzan honor entre vosotros, juntamente con los profetas y maestros.³⁵

33 La institución cristiana de los diezmos y primicias se enlaza aquí con el precepto de la antigua ley. El lugar de los sumos sacerdotes lo ocupan ahora los profetas y maestros, que podían, de hecho, ser también sacerdotes (Hch 13,1-3). Rasgo muy interesante -índice de la caridad primitiva- es que esta contribución se cobra también, caso de no haber profeta ni doctor a quien sustentar, para destinarla a los pobres. Nada se dice, en cambio, de cómo proveyera al sustento de los obispos, sacerdotes y diáconos, de asiento en la comunidad. Y es que ésta no tenía a cargo el sustento, sino que tenían ellos un oficio secular, como San Pablo, de que vivían, con lo que, naturalmente, podían dar gratis lo que gratis recibieran, es decir, los sacramentos y enseñanza divina.

34 Este fragmento nos da un esbozo de altísimo valor sobre el primitivo culto cristiano. Se santifica ya el día del domingo como día del Señor. En él se reúnen, se congregan los fieles para celebrar la Eucaristía, después de confesar sus pecados, y seguramente, como luego nos atestigua San Justino mártir, para oír la palabra de Dios. Justamente esta “reunión”, *synaxis*, fue luego término consagrado para indicar la celebración eucarística. La confesión de los pecados, aquí exigida para esta celebración, tiene que ser ya un verdadero rito sacramental, pues se requiere para que el sacrificio sea puro. Muy notable es también la aplicación de MI 1,11, a la misma Eucaristía que luego se hace corriente en la tradición patristica. La *Synaxis*, reunión de amor, exige la reconciliación con el hermano, conforme a Mt 5,24.

35 Los inspectores, vigilantes o superintendentes, son los *episkopoi*, pues todos esos sentidos tiene la palabra griega, y de ahí viene nuestro “obispo”; asimismo, los “ministros” de los *episkopoi* son los *diakonoi*. Siendo un texto tan arcaico, no me parece bien dejar realmente sin traducir estas palabras, hablando, en griego, de obispos y de diáconos, más que la palabra responde muy exactamente a la función de cada uno de estos ministros. Es notable que no se habla de *presbyteroi* o ancianos. Están, sin duda, englobados en los *episkopoi*. Estos *episkopoi* y *diakonoi* que se elige la comunidad están puestos en relación inmediata con la celebración eucarística, que no puede depender del azar de la existencia de profetas en la comunidad. Ello prueba que la organización normal de la Iglesia tendía a tomar su forma definitiva. Sobre el arcaísmo de esta comunidad de la *Didaché*, ver introducción.

La corrección fraterna.

Corregíos los unos a los otros, no con ira, sino con paz, como lo tenéis en el Evangelio. Nadie hable con el que hubiere faltado contra otro, ni él oiga palabra de vosotros, hasta que se arrepienta.

Vuestras oraciones, vuestras limosnas y todas las demás acciones, las haréis como lo tenéis en el Evangelio de Nuestro Señor.³⁶

XVI.- Exhortación a la vigilancia.

Vigilad sobre vuestra vida; no se apaguen vuestras linternas, ni dejen de estar ceñidas vuestras cinturas, sino estad preparados, porque no sabéis la hora en que ha de venir vuestro Señor.³⁷

Reuníos con frecuencia y buscad lo que conviene a vuestras almas, pues de nada os aprovechará todo el tiempo de vuestra fe, si en el último momento no sois perfectos.

Los últimos tiempos.

Porque en los últimos días se multiplicarán los falsos profetas y los corruptores, y las ovejas se convertirán en lobos y el amor se convertirá en odio.

Porque, creciendo la iniquidad, los hombres se aborrecerán unos a otros y se perseguirán y traicionarán.

Y entonces aparecerá el extraviador del mundo, como hijo de Dios.

Y hará señales y prodigios

y la tierra será entregada en sus manos,

y cometerá crímenes

como no se cometieron durante siglos.

Entonces la creación de los hombres

vendrá al abrazamiento de la prueba,

³⁶ Evidentemente, se trata ya aquí del Evangelio como libro. El autor de la *Didaché* conoce por lo menos el texto de San Mateo. Sobre la corrección fraterna, hecha con amor "para ganar" a nuestro hermano, cf. Mt 18,15-17; sobre la oración y las limosnas, Mt 6,1-18.

³⁷ Todo el profundo sentimiento de la Parusía, que más o menos penetra toda la *Didaché*, halla expresión en este capítulo final. La exhortación a la vigilancia nos trae reminiscencias de Lc 12,35. Aun concluyendo que la *Didaché* conozca nuestro Lucas, no hay motivo para retrasar mucho más allá del 70 su composición pues ningún sinóptico es posterior a esta fecha. Por muy viva que fuera la fe de la primitiva comunidad en la venida del Señor, sin embargo, no deja de confesarse que la hora es desconocida. En definitiva, se trataba de un estímulo al fervor de la vida cristiana, cuyo centro estaba en la Eucaristía, pues la reunión, la *synaxis* frecuente que el autor recomienda es sencillamente la frecuencia de la comunión. Lo mismo exactamente en San Ignacio mártir: "Sed diligentes en reuniros con más frecuencia para la Eucaristía y alabanza de Dios. Porque cuando con frecuencia os juntáis en uno, se destruyen los poderes de Satanás, y su perdición se deshace en la concordia de vuestra fe" (A los Efesios XIII)

y muchos se escandalizarán y perecerán.

Pero los que perseveren en su fe
se salvarán por el mismo que aquéllos maldicen.³⁸

Signos finales.

Y entonces aparecerán los signos de la verdad. Primeramente, el signo de la apertura en el cielo; luego, el signo de la voz de la trompeta; y el tercero, la resurrección de los muertos. Pero no de todos, sino como fue dicho: “Vendrá el Señor y todos sus ángeles con Él.”

Entonces verá el mundo al Señor que viene sobre las nubes del cielo.³⁹

0-0-0-0-0-0

Fuente
*Padres Apostólicos I,
La Doctrina de los doce Apóstoles y Cartas de San Clemente Romano
Versión y Notas por el Rvdo. P. Daniel Ruiz Bueno C.M.E.,
Librería Parroquial de Clavería, S.A. de C.V. México, D.F
Con imprímase en Madrid, junio de 1946
Páginas 13-54.*

*Adaptación y presentación realizada por
Luis Mariano Salazar Mora*

38 Los trazos de este cuadro final del mundo responden, en general, a los de los sinópticos. Los últimos tiempos serán de mayor dominio de la iniquidad. El Anticristo es aquí llamado exactamente el extraviador o seductor del mundo, porque le aparta de Cristo. Todo esto, sin embargo, es aquí tan misterioso como en el Evangelio, y, en definitiva, como Jesús mismo nos dijo, secreto que el Padre se ha reservado.

39 Hay algo grandioso en este final del humilde catecismo, que es la *Didaché*: La última perspectiva del cristiano de entonces era esta final y ardientemente anhelada glorificación del Señor, a quien el mundo vería viniendo sobre las nubes del cielo. El pensamiento de aquel último día no era objeto de terror, sino de viva expectación y anhelo. Luego la Edad Media lo convirtió en el espeluznante *dies irae*. La verdad, aun siendo una, se matiza y colora del sentir de cada tiempo y aún de cada hombre. Teresa de Jesús se gozaba de oír cantar a la fe gozosa de aquellos viejos hermanos nuestros de la *Didaché*: “Entonces verá el mundo al Señor que viene sobre las nubes.” *Et regni eius non erit finis*.